

## ***El medio y el mensaje***

**Josep María Terricabras**, Catedrático de Filosofía de la Universitat de Girona (EL PERIODICO, 04/04/05)

El Papa ha muerto. Es innegable que estamos ante una de las grandes figuras del siglo XX. No sólo porque el Papa, cualquier Papa, es un personaje muy influyente que dirige espiritualmente una comunidad de centenares de millones de fieles, sino también porque este Papa ha tenido un pontificado larguísimo, desde 1978 hasta hoy. Por ello, cuando se pretende resumir este periodo en hechos y cifras resulta espectacular. **Juan Pablo II** ha realizado casi 150 viajes por todo el mundo, concentrando cada vez a centenares de miles de personas --se ha dicho que a millones--, en su mayor parte jóvenes; ha realizado docenas de beatificaciones y canonizaciones, ha impulsado encuentros interreligiosos y ha transformado completamente el Colegio de Cardenales.

En la hora de su muerte, hay que recordar estas y, claro está, otras cosas: el Papa tuvo una actitud muy activa a favor del sindicato polaco Solidaridad --con las consiguientes repercusiones en el fin del imperio soviético--, sufrió un atentado muy grave, ha plantado cara a la enfermedad de Parkinson y ha aguantado al pie del cañón hasta la extenuación, mucho más allá de lo que era exigible y, seguramente, razonable.

Que todas las actividades del Papa hayan tenido un eco extraordinario no significa que todas hayan sido igualmente aplaudidas. A lo largo de este periodo, muchos creyentes también han visto con preocupación y crítica --oficialmente inexistente-- la quiebra de la banca vaticana del obispo **Marcinkus** --con episodios trágicos mafiosos interpuestos--; el sesgo globalmente conservador de las canonizaciones; la tendencia recentralizadora de la Curia romana y la pérdida de peso del espíritu del Concilio Vaticano II; el tono excesivamente grandioso de muchos viajes papales que, en algunos casos, han podido favorecer el culto a la personalidad, o incluso la última etapa de la vida del Pontífice en la que, invocando el carácter ejemplar y redentor del dolor --que, en buena teología, sólo podía asumir Jesucristo--, ha estado dispuesto a exponerse a la compasión, a la morbosidad y a la controversia generales.

EN LAS LUCES y sombras, **Juan Pablo II** ha sido centro de atención casi constante. En estos días, los medios de comunicación de todo el mundo no se cansan de decir y repetir que nunca un Papa había tenido tanto eco mediático. En realidad, son ellos los que se lo dan. Claro que los medios también prestan más atención que nunca a las cumbres políticas, a los Juegos Olímpicos y a las manifestaciones de todo tipo. Al fin y al cabo, son los medios de comunicación los que han experimentado una expansión enorme, tanto tecnológica como económica, desde 1978 hasta hoy. De eso, la figura del Papa se ha beneficiado. Como todo el mundo.

Sin embargo, en este momento es interesante ver que **Juan Pablo II** ha puesto este eco mediático a favor de la difusión de las ideas tradicionales católicas. Es sabido que la noción de tradición ha enfrentado a la Iglesia con las confesiones protestantes desde hace 500 años. Éstas han hablado poco de tradición y se han centrado más en la interpretación de las escrituras. Esto ayuda a entender que, más allá de los gestos, las relaciones ecuménicas entre las confesiones cristianas no hayan logrado avances significativos en estos años. En realidad, también en el interior de la Iglesia católica se defienden visiones diversas de la tradición. Pero, el Papa --apoyado en el cardenal

**Ratzinger**, que ha endurecido lo que defendía cuando ejercía de teólogo en Alemania--, ha asumido la defensa de la concepción más tradicionalista de la tradición. Quiero decir aquella que afirma que la verdadera tradición consiste en repetir la doctrina "de siempre". Como si las necesidades espirituales y los retos morales hubiesen sido siempre los mismos a lo largo de la historia. Como si fuera posible que las mismas palabras digan ahora lo mismo que hace 100 años, cuando los que las escuchan son tan diferentes. El Papa, que ha aceptado las nuevas tecnologías, no ha querido, en cambio, ni plantearse si la Iglesia tenía que dar un mensaje renovado a sus propios fieles que, en nombre creciente, son divorciados o homosexuales o quieren una experiencia amorosa responsable o acogerse --tanto para la vida como para la muerte-- a la ayuda de recursos científicos que eran impensables hace sólo 20 años.

ASÍ PUES, en el terreno de la doctrina y de la moral, el pontificado de **Juan Pablo II** no ha hecho ninguna aportación significativa respecto a los de **Pío XII**, **Juan XXIII** y **Pablo VI**. Estos tres papas, con precauciones, prudencia y dudas, se esforzaron, por lo menos, para poner al día la tradición. **Juan Pablo II**, en cambio, ha intentado especialmente mantenerla, defenderla, en su supuesta "integridad". Ha sido, en efecto, un Papa resistente, en todos los órdenes y todas las épocas de su vida: contra el nazismo, de joven; después, contra el comunismo; finalmente, ya de Papa, contra el liberalismo y contra las ideas seculares que han invadido Europa, al menos "la vieja Europa". Hasta el final, ha lamentado que Europa ya fuera, mayoritariamente, poscristiana. Como no ha podido entender por qué, se ha opuesto radicalmente, repitiendo las ideas más conservadoramente tradicionales sobre la fe y la moral, privada o pública. La decepción europea ha llevado al Papa a apostar, por un lado, por movimientos eclesiales dispuestos a plantar cara a la corriente de la historia y, por otra, por países y continentes en los que el catolicismo es germinal o todavía mantiene formas tradicionales muy activas.

El futuro Papa también será mediático. Cualquier Papa está condenado a serlo. Veremos si podrá (y querrá) sustraerse al tejido tradicionalista que ha vestido el pontificado que ahora acaba. Tendrá que decidir si el medio es el mensaje.